

1) **Abrimos nuestro corazón al Espíritu Santo Dios, que nos conducirá a la Verdad plena**

2) **Escuchamos y leemos los signos de Dios en nuestras vidas, desde nuestra propia realidad personal y comunitaria**

El niño de pesebre, crece en sabiduría, estatura y en gracia..... Jesús va buscando y encontrando los causas de su misión ..... que se abrirá en el Evangelio de San Lucas con el Bautismo de Juan..... comienzo de la misión de Jesús.....para nosotros la conciencia de nuestro propio Bautismo nos abre a la misión, a la evangelización.....

**ORACION COLECTA**

***“Dios todopoderoso y eterno,  
que proclamaste a Cristo como Hijo tuyo muy amado,  
cuando era bautizado en el Jordán, y el Espíritu Santo descendía sobre él;  
concede a tus hijos, renacidos del agua y del Espíritu,  
perseverar siempre en el cumplimiento de tu voluntad”***

***Por N.S.J., tu Hijo, que vive y reina y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios, por los siglos de los siglos.***

(la formulación de esta oración está tomada del nuevo Misal traducido y editado para Argentina)

3) **Escuchamos atentamente la S. Escritura en la cual Dios también nos habla**

**Lc 3,15-16.21-22**

***¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!***

4) **La palabra escuchada ha hecho resonar ECOS en nuestro corazón y en nuestras conciencias: ¿cuáles son? ¿los compartimos?**

5) **Es necesario REFLEXIONAR, PENSAR JUNTOS, algunos aspectos del texto, que conocidos, nos permiten interpretar el mensaje**

El Bautista habla de manera muy clara: yo los bautizo con agua, pero esto solo no basta. Hay que acoger en nuestra vida a otro más fuerte, lleno del Espíritu de Dios: El los bautizará con Espíritu Santo y fuego.

Son bastantes los cristianos que se han quedado en la religión del Bautista. Han sido bautizados con agua, pero no conocen el bautismo del Espíritu. Tal vez lo primero que necesitamos todos es dejarnos transformar por el Espíritu que desciende sobre Jesús. ¿Cómo es su vida después de recibir el Espíritu de Dios?

Jesús se aleja del Bautista y comienza a vivir desde un horizonte nuevo. No hemos de vivir preparándonos para el juicio inminente de Dios. Es el momento de acoger a un Dios Padre que busca hacer de la humanidad una familia más justa y fraterna. Quien no vive desde esta perspectiva no conoce todavía qué es ser cristiano.

Movido por esta convicción, Jesús deja el desierto y marcha a Galilea, a vivir de cerca los problemas y sufrimientos de la gente. Es ahí, en medio de la vida, donde hemos de sentir a Dios como un Padre que atrae a todos a buscar juntos una vida más humana. Quien no siente así a Dios no sabe cómo vivía Jesús.

Jesús abandona también el lenguaje amenazador del Bautista y comienza a contar parábolas que jamás se le hubieran ocurrido a Juan. El mundo ha de saber lo bueno que es este Dios que busca y acoge a sus hijos perdidos porque solo quiere salvar, nunca condenar. Quien no habla este lenguaje de Jesús no anuncia su buena noticia.

Jesús deja la vida austera del desierto y se dedica a hacer gestos de bondad que el Bautista nunca había hecho. Cura enfermos, defiende a los pobres, toca a los leprosos, acoge a su mesa a pecadores y prostitutas, abraza a niños de la calle. La gente tiene que sentir la bondad de Dios en su propia carne. Quien habla de un Dios bueno y no hace los gestos de bondad que hacía Jesús desacredita su mensaje.

Jesús vivió en el Jordán una experiencia que marcó para siempre su vida. No se quedó con el Bautista. Tampoco volvió a su trabajo en la aldea de Nazaret. Movido por un impulso incontenible comenzó a recorrer los caminos de Galilea anunciando la Buena noticia de Dios.

Como es natural, los evangelistas no pueden describir lo que ha vivido Jesús en su intimidad, pero han sido capaces de recrear una escena conmovedora para sugerirlo. Está construida con rasgos de hondo significado. Los cielos se rasgan, ya no hay distancias, Dios se comunica íntimamente con Jesús. Se oye una voz venida del cielo: Tú eres mi Hijo querido. En ti me complazco.

Lo esencial está dicho. Esto es lo que Jesús escucha de Dios en su interior: Tú eres mío. Eres mi Hijo. Tu ser está brotando de mí. Yo soy tu Padre. Te quiero entrañablemente; me llena de gozo que seas mi Hijo, me siento feliz. En adelante, Jesús solo lo invocará con este nombre: Abbá, Padre.

De esta experiencia brotan dos actitudes que Jesús vive y trata de contagiar a todos: confianza increíble en Dios y docilidad incondicional. Jesús confía en Dios de manera espontánea. Se abandona a él sin recelos ni cálculos. No vive nada de forma forzada o artificial. Confía en Dios. Se siente hijo querido.

Por eso enseña a todos a llamar a Dios Padre. Le apena la fe pequeña de sus discípulos. Con esa fe raquítica no se puede vivir. Les repite una y otra vez: no tengan miedo. Confíen. Toda su vida la pasó infundiendo confianza a Dios.

Al mismo tiempo, Jesús vive en una actitud de docilidad total a Dios. Nada ni nadie lo apartará de ese camino. Como hijo bueno, busca ser la alegría de su Padre. Como hijo fiel, vive identificándose con él, imitándole en todo.

Es lo que trata de enseñar a todos: imiten a Dios. Parezcanse a su Padre. Sean bueno del todo como el Padre del cielo es bueno. Reproduzcan su bondad. Sean compasivos como es él.

En tiempos de crisis de fe no hay que perderse en lo accidental y secundario. Hemos de cuidar lo esencial: la confianza total en Dios y la docilidad humilde. Todo lo demás viene después.

Si bien espiritualidad es una palabra estrecha, para muchos solo puede significar algo inútil, alejado de la vida real ¿Para qué puede servir? Lo que interesa es lo concreto, lo material, no lo espiritual. El espíritu de una persona es algo valorado en la sociedad actual, pues indica lo más hondo y decisivo de su vida: la pasión que la anima, su inspiración última, lo que esa persona va poniendo en el mundo.

El espíritu alienta nuestros proyectos y compromisos, configura nuestro horizonte de valores y nuestra esperanza. Según sea nuestro espíritu así será nuestra espiritualidad. Y así será también nuestra religión y nuestra vida entera.

Los textos que nos han dejado los primeros cristianos nos muestran que entienden su seguimiento de Jesús como un fuerte movimiento espiritual. Se sienten habitados por el Espíritu de Jesús. Solo es cristiano quien ha sido bautizado con ese Espíritu. El que no tiene el Espíritu de Cristo no le pertenece. Animados por ese Espíritu lo viven todo de manera nueva.

Lo primero que cambia radicalmente es su experiencia de Dios. No viven ya con espíritu de esclavos, agobiados por el miedo a Dios, sino con espíritu de hijos, que se sienten amados de manera incondicional por un Padre. El Espíritu de Jesús les hace grita en el fondo de su corazón: Abbá, Padre Esta experiencia es lo primero que todos deberían encontrar al acercarse a las comunidades de Jesús.

Cambia también su manera de vivir la religión. Ya no se sienten prisioneros de la ley, las normas y los preceptos, sino liberados por el amor. Ahora conocen lo que es vivir con un espíritu nuevo, escuchando la llamada del amor y no con la letra vieja, ocupados en cumplir obligaciones religiosas. Este es el clima que entre todos hemos de cuidar y promover en las comunidades cristiana si queremos vivir como Jesús.

Descubren también el verdadero contenido del culto a Dios. Lo que agrada al Padre no son los ritos vacíos de amor, sino que vivamos en espíritu y en verdad. Esa vida vivida con el espíritu de Jesús y la verdad de su Evangelio es para los cristianos su auténtico culto espiritual.

No hemos de olvidar lo que Pablo de Tarso decía a sus comunidades: no apaguen el Espíritu. Una Iglesia apagada, vacía del espíritu de Cristo, no puede vivir ni comunicar su verdadera novedad. No puede saborear ni contagiar su Buena Noticia.

Entre los teólogos se cita repetidamente un texto de K. Rahner, considerado por él mismo como su testamento: El hombre religioso de mañana será un místico o no podrá ser religioso, pues la religiosidad del mañana no será ya compartida sobre la base de la convicción pública y obvia. La idea del teólogo alemán es clara: pronto no será posible la religión sin experiencia personal de Dios.

Hasta hace poco, el individuo nacía a una religión como nacía a una lengua, una cultura o un pueblo. Bastaba con que no rompiera con ella para ser considerado miembro de dicha religión. La crisis religiosa extendida por los países occidentales está haciendo cada vez más difícil ese estado de cosas.

Ya no basta pertenecer más o menos pasivamente a una Iglesia. No es suficiente la supuesta adhesión a un conjunto de verdades religiosas transmitidas por la tradición. Cada vez va a ser más inviable vivir la fe como una herencia cultural o una costumbre social. En el futuro, para ser creyente cada uno tendrá que hacer su propia experiencia y descubrir que lleva en su corazón un misterio más grande que él mismo.

No se trata de psicologizar la fe introduciendo también lo psi en la religión, según los gustos del hombre posmoderno, o de promover comunidades emocionales (Max Weber), donde el individuo se pueda defender de la interperie religiosa encerrándose en una fe intimista y sentimental. Experiencia de Dios quiere decir fundamentalmente reconocer nuestra finitud y abrirnos con absoluta confianza a su Misterio.

Las personas intuyen en el fondo de su ser una presencia que, aunque puede generar temor, está reclamando suavemente nuestra confianza. Su presencia no es una más entre otras. No se confunde con nuestros gustos, miedo o aspiraciones. Es diferente. Viene de más allá, de más adentro que nosotros mismos. Podemos seguir ignorándola, pero también podemos acogerla. Primero de forma débil e indecisa, después con confianza y gozo.

La experiencia que vive Jesús al ser bautizado en el Jordán es modelo de toda experiencia cristiana de Dios. Cuando, en algún momento de nuestra vida -cada cual sabe el suyo-, el cielo se rasga y las tinieblas nos permiten entrever algo del misterio que nos envuelve, el cristiano, lo mismo que Jesús, solo escucha una voz que puede transformar su vida entera: tú eres mi hijo amado. En el futuro será difícil que haya cristianos si no han tenido la experiencia personal de sentirse hijos o hijas amados de Dios.

Son bastante los hombres y mujeres que un día fueron bautizados por sus padres y hoy no sabrían definir exactamente cuál es su postura ante la fe. Quizá la primera pregunta que surge en su interior es muy sencilla: ¿para qué creer? ¿cambia algo la vida por creer o no creer? ¿sirve la fe realmente para algo?

Estas preguntas nacen de su propia experiencia. Son personas que poco a poco han arrinconado a Dios de su vida. Hoy Dios no cuenta en absoluto para ellas a la hora de orientar y dar sentido a su existencia.

Casi sin darse cuenta, un ateísmo práctico se ha ido instalando en el fondo de su ser. No les preocupa que Dios exista o deje de existir. Todo eso les parece un problema extraño que es mejor dejar de lado para asentar la vida sobre bases más realistas. Dios no les dice nada. Se han acostumbrado a vivir sin él. No experimentan nostalgia o vacío alguno por su ausencia. Han abandonado la fe y todo marcha en su vida tan bien o mejor que antes ¿para qué creer?

Esta pregunta solo es posible cuando uno ha sido bautizado con agua, pero no ha descubierto qué significa ser bautizado con el Espíritu de Jesucristo. Cuando uno sigue pensando erróneamente que tener fe es creer una serie de cosas enormemente extrañas que nada tienen que ver con la vida, y no conoce todavía la experiencia viva de Dios.

Encontrarse con Dios significa sabernos acogidos por él en medio de la soledad; sentirnos consolados en el dolor y la depresión; reconocernos perdonados del pecado y la mediocridad; sentirnos fortalecidos en la impotencia y caducidad; vernos impulsados a amar y crear vida en medio de la fragilidad.

¿Para qué creer? Para vivir la vida con más plenitud; para situarlo todo en su verdadera perspectiva y dimensión; para vivir incluso los acontecimientos más triviales e insignificantes con más profundidad.

¿Para qué creer? Para atrevernos a ser humanos hasta el final; para no ahogar nuestro deseo de vida hasta el infinito; para defender nuestra libertad sin rendir nuestro ser a cualquier ídolo; para permanecer abiertos a todo el amor, la verdad, la ternura que hay en nosotros. Para no perder nunca la esperanza en el ser humano ni en la vida.

---

---

**6) En este momento, entrelazando palabras, pensamientos, silencios MEDITAREMOS JUNTOS todo lo que Dios nos ha ido sugiriendo e incluso nos sugerirá ahora**

---

---

**7) La experiencia de la vida compartida, la Palabra proclamada, la información recibida, la meditación realizada seguramente nos ha dejado una riqueza, una maduración, una sabiduría en la Fe que buscan hacerse oración y acción por el Reino de Dios para que venga**

A cada intención respondemos

---

---

**8) ACTUAMOS: podemos realizar un propósito de vida personal y/o comunitario**

